CAPÍTULO VII.

LOS RIOS.

El rio Oceano. — Las ninfas oceánides. — Culto tributado á los rios. — Aquiles y el Sperchio. — Carácter sagrado de los rios. — El Acheloo. — Su palacio. — Las islas Echinadas. — Hércules y el Acheloo. — El Asopos. — El Inaco. — Inaco es juez en el litigio entre Poseidon y Hera. — El Alfeo. — Alfeo y Aretusa. — El Ilisos. — El Cefiso. — El Eurotas. — El Escamandro ó el Xanto. — El Xanto y el Simois en los homéricos combates. — Representacion artística de los rios. — El Nilo. — Los rios de Italia. — Fons ó Fontus. — Juturna. — Pater Tiberinus. — Su culto. — Los Pontífices. — Sacrificio al Tíber. — Otros rios. — Culto de las fuentes. — Aguas termales. — La diosa Mefitis. — El dios Borvo. — Los Palicos sicilianos.

La idea concreta y precisa de Poseidon ó Neptuno, dios supremo del mar, de las riberas que éste baña y del agua acumulada en lo interior del continente opónese la más vaga y general del Oceano. En los poemas homéricos Oceano, más que un dios de figura determinada, es como un poder esencial de la naturaleza, un elemento primitivo del mundo. Conforme llevamos indicado, en la oscura y confusa cosmogonía mitológica «el Oceano que dotado de terrible fuerza lleva en tumulto sus profundas aguas, es padre de todos los rios, de todos los mares y de los más remotos manantiales.» (Homero). Principio del elemento líquido en sus varias y diversas formas, era imaginado como un gran rio que, corriendo al rededor de la tierra y abrazando su circunferencia, no tenía principio ni fin por estar uno y otro confundidos; de aquella inmensa y líquida órbita que se alimentaba á sí misma, nacieron mares y rios.

«Por el lado de Oriente, dice Homero, surgen de su seno el sol y los astros para volver á él á la hora de su ocaso por la parte de Occidente. En el norte la constelacion de la Osa es la única que no se baña en el caudaloso rio. En sus márgenes viven, hacia el mediodía, el maravilloso pueblo de los Pigmeos, al norte los Cimerios que no ven jamas la luz del dia, al oriente los Arimaspos y las Amazonas, y al occidente el gigantesco Atlas sostiene el cielo en sus robustos hombros.» Así, pues, por todos lados el Oceano limitaba y rodeaba á la tierra. Pero ¿de dónde pudo venir, cómo nació la idea de aquel rio fabuloso, que no es el mar y que hasta mucho tiempo despues no se confundió con él? Á esto da un autor moderno la siguiente respuesta: «La observacion, dice, pudo con facilidad manifestar que fuentes y rios se alimentan del agua que cae de lo alto, y entónces fué natural querer averiguar de donde procedian las nubes que de tiempo en tiempo se presentaban en el cielo, que no se cansaban de llover y que parecían inagotables. En alguna parte había de existir un inmenso depósito que proporcionase indefinidamente á la tierra el agua que le era necesaria. Ahora bien, en el horizonte parecen nacer y desenvolverse las nubes, luego en el horizonte había de suponerse el gran depósito. Para los antiguos era la tierra redonda y llana y el cielo una media naranja nebulosa, apoyada en el borde de la circunferencia terrestre; de ahí que al rededor de la tierra existiese como una zona líquida de donde salían las nubes.» (Ploix).

La idea de la fecundidad de las aguas pluviales explica, segun el mismo autor y los que le siguen, el carácter cosmogónico atribuido al Oceano. Por lo general era tenido éste, conforme hemos visto, por hijo de Uranos y Gea (el Cielo y la Tierra); mas en algunos pasajes de

Homero se le toma por el primer principio, por el elemento creador de todas las cosas, por el padre de los dioses, generacion que se realizó por medio de la union del Oceano con Tetis (la nodriza), esto es el agua considerada en su accion fecundante, union análoga á la de Uranos y Gea. De ella nacieron en efecto los tres mil rios y las tres mil ninfas de que habla el poeta de la *Teogonia*.

Era representado el Oceano como un anciano venerable recostado en las aguas, coronado de algas marinas, con una lanza ó una urna en la mano y teniendo á su lado un monstruo del mar. Ademas de Tétis le señala la fábula otras dos esposas: Pamfóliga y Parténope; de la una tuvo á Ásia y Libia; de la otra á Europa y Tracia.

Entre los primitivos Griegos era tenido el Oceano en gran veneracion, y nadie dejaba de tributarle sacrificios ántes de emprender marítimos viajes. Homero cuenta que hasta los dioses iban con frecuencia á la region etiópica á visitarle y tomar parte en las fiestas que allí se le ofrecían. Juno había pasado su infancia bajo la guarda de Tétis, á quien la confiara Rea, esposa de Saturno.

En la confusa idea que abrigaba la antigüedad acerca de la geografía de lo que eran en aquel tiempo las regiones extremas del mundo, el rio Oceano, cantado por Homero, la misteriosa corriente que abrazaba á la tierra y alimentaba mares, rios y fuentes, despertaba el interes que ha inspirado siempre lo desconocido y habríase tenido por colosal y gloriosa empresa descubrir y llegar á ver la verdad de aquellos portentos. Por esto decíase de Alejandro Magno que, llevado por su genio conquistador, pensaba en llevar sus pendones hasta las riberas del misterioso rio, y de César se cuenta que para huir de las intrigas de Roma y volver á las bélicas escenas que mejor se adaptaban á su naturaleza, revolvía en su mente, al caer á los golpes de los conjurados, el proyecto de llevar la guerra al Ásia, someter á los Dacios que infestaban la Tracia y el Ponto, dominar el Ponto Euxino y el Bósforo Cimmerio (el mar Negro y el mar de Azof), vengar en los Partos el vencimiento de Craso, conquistar la India, tocar por todos los puntos al tenebroso límite del mundo, al rio Oceano, y volver á Germania y á las Galias por el Cáucaso y la Escitia.

Tambien á las hijas del Oceano, las ninfas oceánides, se consagraban libaciones y sacrificios para que tuvieran á los navegantes en su amparo: si el sacrificio se verificaba en las riberas recibíase en un vaso la sangre de la víctima; si en alta mar, dejábase caer en las olas. En tiempo sereno inmolábanse corderos y cerdos; al amenazar tempestad, un toro negro.

El culto de los rios fecundadores de la tierra es antiquísimo. Aquella agua que brota del seno de la tierra, infatigable en su perpétua actividad; aquellas corrientes que ven á la naturaleza entera renovarse, por decirlo así, en sus riberas; á las plantas, á los árboles y á las generaciones de hombres y animales pasar y morir, miéntras ellas, inagotables, permanecen siempre, pudieron inspirar á hombres idólatras y olvidados de la nocion de un supremo dios criador la idea de su divinidad. Y en efecto los Griegos, como los Romanos y como otros pueblos, les consagraron santuarios y altares en los vergeles y espesuras mantenidas por el saludable influjo de sus aguas.

Los rios son hijos del Oceano y en cierto modo tambien de Zeus, esto es, de las aguas que caen del cielo. Á ellos, fecundadores de la tierra, debe el hombre en parte los frutos con que se alimenta, y de ahí que se los considerara como sustentadores de la juventud, y que esta en varios puntos de Grecia les tributase un culto particular. En Arcadia los mozos y las doncellas se reunían una vez al año en solemne fiesta en las riberas del Neda, y cortando sus cabelleras las ofrecían en homenaje al rio. Y de que databa tal costumbre de los primeros tiempos de Grecia es testimonio aquel pasaje de la *Iliada* en que inconsolable Aquiles por la muerte de Patroclo, se decide al fin á separarse del cuerpo de su amigo y á tributarle los honores postreros. Mandó á sus camaradas elevar una pira para quemar sus restos, y al verlos ocupados en este fúnebre deber, corta su rubia cabellera que había dejado crecer desde que partió para la guerra de Troya, encamínase á la orilla del mar, y allí fija la mirada en las agitadas olas, vuelto hacia su país que sus ojos no ven pero que su corazon adivina más allá de los extremos límites del horizonte, pronuncia estas palabras dirigidas al rio que riega los campos de su patria, de aquella tierra que no había de volver á ver jamas. «¡Oh Sperchio! dice, en vano fué que mi padre Peleo prometiera que á mi regreso á su feliz morada cortaría mi cabellera en honor tuyo, y con la sangre de una santa hecatombe te ofrecería la de cincuenta carneros junto á tus fuentes, allí donde tienes tu sagrado recinto y tu altar perfumado de incienso. Este fué el voto del anciano, que por tí no ha sido acepto; y ahora, ya que no he de volver á mi tierra natal, quiero que el héroe Patroclo lleve consigo mi cabellera á las regiones infernales.» Y hecho esto puso su cabellera en las yertas manos de su amigo, entre la afliccion y el llanto de todos los Griegos.

Potestades benéficas y saludables, eran los rios considerados como los primitivos reyes de las tierras que regaban, como los padres de las familias humanas que habían poblado sus riberas. En este sentido tributábanse en Argos honores divinos al Inaco; en Beocia al Asopo y al Cefiso, y en Tesalia al Peneo. Á sus aguas se atribuía una virtud de purificacion análoga á la que se encontraba en los santuarios de Apolo. «No atraveseis jamas los rios de corriente eterna sin pronunciar ántes una invocacion fijos los ojos en sus ondas, sin haber mojado vuestras manos en el cristal de sus aguas. Aquel que pasa un rio sin purificar sus manos de la maldad que las mancha atrae sobre sí la cólera de los dioses, quienes le envían horribles castigos.» (Hesiodo).

Aunque todos los rios de Grecia eran tenidos por séres divinos, únicamente los más importantes y caudalosos eran objeto de especial culto. El Acheloo entre ellos, que nacido en el Pindo corre entre la Acarnania y la Etolia para precipitarse en el mar Jonio cerca de las islas llamadas Echinadas, y que en todas las estaciones lleva notable caudal de agua, era honrado como el rey de los rios, como el rio por excelencia, tanto que su nombre fué en un principio palabra genérica empleada para designar toda corriente de agua, y esto no sólo en Acarnania, sino tambien en Atenas, en Acaya, en Rodas y en Sicilia, áun cuando las leyendas del dios-rio estaban localizadas en Etolia. La antigüedad había podido admirar la grande obra realizada por los aluviones que forma el rio en su boca, reuniendo entre sí y agregando al continente alguna de las Echinadas, y de ahí dimanaría la fabulosa tradicion referida por Ovidio, segun la cual eran aquellas islas ninfas castigadas con tal metamorfósis por haber incurrido en la cólera del dios.

«Dirigíase el héroe Teseo á la ciudad consagrada á Minerva, cuando el Acheloo, engrosado por las lluvias, le opuso infranqueable barrera y obligóle á suspender su marcha.—Entra en mi palacio, ¡oh ilustre descendiente de Cecrops, y no te expongas á mi corriente furiosa, que impidiéndote el paso, arrastra hoy con espantoso estruendo árboles enormes y robustas peñas. Los establos que había en mis riberas los he visto llevados por ella con todo el ganado, no valiendo á los bueyes su fuerza ni su agilidad á los caballos. Hinchadas por las nieves que en las montañas se derriten, mis aguas han sumergido en sus torbellinos á no pocos temerarios, y es prudente esperar que, volviendo á su lecho, recobren el ordinario curso.—Bien dices, Acheloo, contestó el hijo de Egeo, y quiero aprovecharme de tu hospitalidad y de tus consejos. —Y aceptando una y otros, entró en el palacio del rio, construido de piedra pómez y rocalla; una alfombra de verde musgo cubre los húmedos umbrales; conchas y múrices, colocados alternativamente, adornan el techo.

«Ya el sol había recorrido los dos tercios de su carrera, y Teseo y los compañeros de sus trabajos se sientan á la mesa. Las Ninfas, con el breve pié descalzo, sirven los manjares, los apartan, y vierten luego el vino en copas adornadas con piedras preciosas. Entónces Teseo, contemplando el vasto mar que á su vista se extiende, pregunta al rio de Acarnania el nombre de la isla que con la mano señala.—No es una sola isla lo que estamos viendo, le responde el rio, sino cinco; la distancia no nos permite ver el intervalo que las separa. Oye, y tendrás un ejemplo de lo que pueden los dioses agraviados. Esas islas eran Náyades; cierto dia, despues de inmolar diez toros habiendo invitado á su fiesta las campestres divinidades, se entregaron sin mí al placer de la danza, é irritado, hinché mis ondas hasta levantarlas á no vista altura. Cegado por el furor que agitaba mi alma al propio tiempo que mi corriente, arranqué con violencia bosques y campos y arrastré al mar con la mansion de las Ninfas á las Ninfas mismas, las cuales hubieron entónces de acordarse de mí. Confundidas mis aguas con las del mar, dividieron el terreno en cinco islas que han sido llamadas Echinadas.» (Ovidio).

En Etolia colocan las tradiciones mitológicas la lucha de Hércules y Acheloo que, segun Estrabon y Diodoro, alude á antiguos trabajos emprendidos para encauzar el lecho del rio y sanear los pantanos de su desembocadura. Hércules, llevando en sus brazos á Dejanira, quiso atravesar á nado el rio; pero éste, saliendo en defensa de la vírgen, se opuso á su paso y trabó lucha con el héroe; vencido por él tomó la forma de serpiente, y luego la de toro sin mejor resultado. En el combate perdió un cuerno, y dice la fábula que ese trofeo del vencedor, consagrado por las Ninfas y por ellas lleno de frutos y flores, se convirtió en el cuerno de la abundancia.

Acheloo fué padre de las Sirenas.

Entre los rios divinizados de la Grecia propiamente dicha, seguía en importancia el Asopos, cuyo nombre parece haber tenido en su orígen una significacion tan general como el de Acheloo, en cuanto se encuentra á la vez en las leyendas de Phlia, de Sycione, de Corcira, de Egina y de Tébas. Contaba la fábula que Asopo reinaba en Platea, ciudad así llamada del nombre de una de las hijas del monarca; como velaba éste rigurosamente por la virtud de su familia y se enamorara Júpiter de Egina, otra de sus quince hijas, no halló mejor medio que convertir al padre en rio á fin de librarse de su oposicion. Para vengarse quiso Asopo, saliendo de madre, inundar la comarca; mas irritado por ello el dios del trueno secó con sus rayos el desbordado rio. Decía otra leyenda que tres hijas de Asopo, por nombres Egina, Salamina y Pirene, arrebatadas por los piratas, fueron convertidas en las islas que llevan sus nombres.

A la cabeza de las genealogías que sirven de base á la historia mítica de Argos, colócase á Inaco, hijo, como las divinidades anteriores, del Oceano y Tetis, dios-rio considerado como tronco de la raza argólica. La impetuosa corriente que fecunda al llegar la primavera la seca tierra de aquella comarca, hubo de ser mirada con gran amor y veneracion por los primitivos moradores, ya que sólo á ella debían por lo comun sus cosechas, y de ahí las maravillosas leyendas de que era objeto. Sus aguas, á las que se atribuía muy remoto orígen, bajaban del Pindo, regaban el territorio de los Anfilocos y el de los Acarnanianos, y mezclándose con las del Acheloo, atravesaban el golfo de Corinto para brotar luego en Lyrkeion en forma de fuentes. Inaco, ó la personificacion del rio, había sido árbitro entre Poseidon y Hera al disputarse la posesion de Argos, y resolvió el litigio en favor de la reina de los dioses; en castigo privóle Poseidon de sus aguas y le condenó á estar seco durante la estacion de estío. Unido á la ninfa Melia fué Inaco padre de

Foroneo, bienhechor de la Argólida, y fundador de sus primeras ciudades; de este héroe se decía haber hecho á los mortales presente del fuego, lo cual le da cierta semejanza con Prometeo, excepto en la parte que se refiere al castigo por éste experimentado. Inaco fué padre de Io, cuya leyenda llevamos referida. Los evhemeristas hicieron de él un caudillo egipcio ó fenicio llegado á las playas de Grecia unos diez y nueve siglos ántes de la era cristiana.

El Alfeo (el que alimenta) era el rio más caudaloso del Peloponeso; su culto fué llevado á Sicilia junto con el de Artemis. Contábase de Alfeo que habiendo dado involuntaria muerte á su hermano Cercafo, precipitóse en su desesperacion á las aguas del Nictimo, el cual desde entónces trocó su nombre con el de Alfeo. Segun otras tradiciones Alfeo, el dios-rio, perseguía á herido jabalí, cuando vió á Aretusa, hermosa ninfa del séquito de Diana; prendado de su belleza y no logrando su amor el apetecido premio, dióse á correr tras de la fugitiva doncella, la cual, impulsada por el miedo, no paró hasta la isla de Ortigia, en la rada de Siracusa. Y suerte tuvo de que los dioses la convirtieron allí en fuente, pues de nó allí la hubiese alcanzado Alfeo, que sin vacilar la había seguido en su veloz carrera. Pero si no la ninfa, la fuente recibió los amorosos abrazos del dios, ya que fuente y rio eran para la poesía una misma corriente. Para ella el Alfeo, despues de perderse en los arenales de la playa, reaparecía en Sicilia pasando por debajo del Mediterráneo; por esto cuanto en él se arrojaba, hallábase al poco tiempo en la fuente de Aretusa.

El Ilisos, cuya imágen esculpió Fidias en el frontispicio occidental del Partenon, era muy venerado en el Ática, lo mismo que Cefiso, dios-rio que de la ninfa Liriope tuvo al hermoso Narciso. En las inmediaciones de Orope, le fué erigido un altar en comun con las ninfas, con Pan y Acheloo, y un templo en Argólida. La fuente de Castalia en Delfos estaba bajo su proteccion, y aplicándose á él igual propiedad que á Alfeo, deciase que cuanto era arrojado á sus aguas reaparecía en la linfa de la fuente. En sus ondas gustaban de bañarse Vénus y las Gracias, y al agradecimiento de la diosa debían los Atenienses el constante buen suceso de sus expediciones marítimas. Un rio de igual nombre corría en Beocia y las más de las veces se confundian las oscuras tradiciones á una y otro referentes.

Eurotas fué tenido por uno de los antiguos reyes de Laconia, padre de Esparta, mujer que fué de Lacedemonio; á él se debió la desaparicion de las aguas en que estaba sumergido aquel territorio, haciéndolas correr por un canal, y de este modo libró al país de los maléficos miasmas que causaban graves enfermedades. El canal tomó el nombre de Eurotas, y fué muy famoso en la mitología por los amores de Júpiter y Leda, por los juegos de Cástor y Polux, por el rapto de su hermana Helena llevado á cabo por Teseo, por la metamorfósis del laurel de Dafne y por las cacerías de Diana en sus riberas.

Tambien en el Asia Menor estuvo muy extendido el culto de los rios: el Caico de Misia, el Hermes de Lidia, el Caistro, el Meandro, el Sangarios frigio ocupan en muchas leyendas asiáticas importante lugar manifestando la religiosa veneracion que inspiraban á los moradores de aquellas comarcas. En la época homérica ofrecian los Troyanos al dios Escamandro caballos y toros, precipitándolos vivos en sus aguas. Dábase á este rio el nombre de Xanto (rojo) por la propiedad que tenían sus aguas de hacer á las mujeres rubias. Las doncellas, la víspera de las bodas, solian bañarse en su corriente y ofrecerle su virginidad. El Xanto y su tributario el Simois desempeñaron importante papel en la lucha sostenida al pié de los muros de Ilion.

»En su derrota llegan los Troyanos á las márgenes del rio cuyas ondas embellecen la campiña, del Xanto profundo, hijo de Júpiter, y allí, á la irresistible acometida de Aquiles las fugitivas cohortes se separan: miéntras las unas corren en dispersion hacia los muros de Troya por la misma llanura de la que poco ántes huyeron asustados los Griegos acometidos por Héctor, otras se precipitan con estrépito en los abismos del plateado rio, y con iracundos alaridos nadan los guerrerros en todas direcciones siendo muchos arrastrados por los remolinos de la corriente. Así como la nube de langosta acosada por impetuosa llama, con precipitado vuelo huye salvando llanos y lomas hacia el rio que á lo léjos mira, y fuera de sí de susto al sentir el fuego que sin cesar la persigue, se hunde en las aguas y allí perece, no de otro modo las ruidosas ondas del Xanto espumoso se ven invadidas por largas filas de hombres y caballos que huían de los furiosos golpes de Aquiles.

»Deja el héroe en la orilla la lanza arrimada á un tamarindo, y desenvainando la espada se arroja cual un dios al rio, hiriendo á su alrededor á cuantos entre las aguas alcanzaba. Sordos gemidos acompañaban el rumor de la corriente enrojecida; y semejantes á los moradores de las aguas que despavoridos huyen á la vista de monstruoso delfin y se ocultan en los tranquilos antros, miéntras es sin remision devorado el que llega á ser cogido, así buscan los aterrorizados Troyanos un asilo en las escarpadas márgenes. Cansado al fin de matanza elige Aquiles doce donceles Troyanos de ilustre prosapia cuya sangre ha de correr sobre el sepulcro de Patroclo; sácalos del rio inmóviles de espanto, semejantes á tímidos cervatillos, y atándoles las manos á la espalda con los magníficos cinturones que ceñian sus túnicas, entrégalos á sus compañeros con órden de que los conduzcan al campamento...

»Licaon, hijo de Priamo, perece luego á sus golpes, y al empujar el cadáver al rio para que la corriente lo arrastre, dice Aquiles estas soberbias palabras:—Vé al encuentro de los moradores de las aguas, que sin temor

podrán beber la sangre que brota de tu herida. No te colocará tu madre en fúnebre lecho ni regará tu cuerpo con sus lágrimas; el impetuoso Escamandro te llevará al vasto seno del mar, y allí es probable que un monstruo marino, subiendo á la superficie de las sombrías olas en que reina el horror, se alimente con tu carne. ¡Así perezcais todos, tímidos escuadrones, huyendo delante de mi lanza homicida hasta que Ilion caiga en escombros! Ni áun este rio, á pesar de su corriente impetuosa, podrá libraros de la muerte; en vano le sacrificais gran número de toros, y en vano vigorosos corceles, víctimas con vida, son lanzados á sus profundos abismos. Todos padecereis muerte feroz hasta que hayais expiado la de Patroclo y la terrible matanza que en mi ausencia hicisteis entre los Griegos.

»Al oir tales palabras siéntese el Xanto poseido de violento enojo y medita el modo de refrenar el ardor de Aquiles y librar á los Troyanos de destruccion completa. Enristrada la lanza dirígese el héroe contra Asteropeo, quien, saliendo del rio, se atrevía á esperarle con un dardo en cada mano: el Xanto, irritado por la muerte de los guerreros á quien el héroe, cerrado el pecho á la compasion, había herido en medio de las ondas, comunicábale belicoso esfuerzo.—¿Quién eres, le gritó Aquiles, tú que tienes la audacia de resistirme? ¡Infelices de aquellos cuyos hijos se exponen á mi furor!—Noble Aquiles, respondió el ilustre guerrero, ¿qué te importa mi orígen? He venido de las apartadas comarcas de la feraz Peonia á la cabeza de sus guerreros armados con largas picas, y doce veces se ha mostrado la Aurora desde que á estos lugares he llegado. En mí ves al nieto del rio Axio que riega con sus aguas cristalinas muchas y risueñas campiñas; Pelegon, famoso por sus dardos, fué su hijo, y de éste recibí yo la vida. Ahora que ya me conoces, peleemos.

»Y al decir esto con tono amenazador, Asteropeo lanzó á la vez ámbos dardos, pues sus dos manos estaban igualmente ejercitadas en la lucha; el uno dió en el escudo sin lograr atravesarlo, contenido por la plancha de oro, presente de una divinidad; el otro, despues de rozar el brazo del héroe y de teñirlo en sangre, se clavó en la tierra. Aquiles, ardiendo en ira, lanza su veloz venablo, el cual, desviándose del punto á que fuera dirigido, se hundió profundamente en la orilla; armado entónces con la espada, precipítase contra Asteropeo, que con vigoroso esfuerzo procuraba arrancar del suelo el venablo de Aquiles... y de un tajo le abrió el vientre. Derramáronse las entrañas por el suelo; eterna noche cubrió los ojos del guerrero espirante, miéntras que el héroe, arrebatándole las armas, le ultrajaba con estas palabras:

»—¡Héte aquí sin vida, inanimado! Aún para un descendiente de un rio es gran empresa oponerse á un vástago del señor de los dioses. Envanecíaste de haber recibido la vida del caudaloso Axio; sabe, pues, que cuento al gran Zeus entre mis progenitores, ya que hijo soy de Peleo, rey de innumerables guerreros, quien lo era de Eaco, por aquel dios engendrado. Tanto como es él superior á cuantos rios corren hacia los abismos del mar, tanto lo es su descendencia á la de éstos; de ser posible resistir al hijo de Cronos, el poderoso Xanto, en cuya orilla peleabas, te habría defendido. Pero no, ni el mismo Acheloo, á pesar de su vasto imperio, puede compararse á aquel dios, y hasta el Oceano, que, dotado de terrible fuerza, arrastra en tumulto sus aguas profundas, y es padre de todos los rios, de todos los mares y de las más remotas fuentes, se estremece cuando Zeus vibra entre espantoso estruendo el centellante rayo...

»Corría Aquiles en busca de nuevas víctimas para su furor insaciable, cuando airado el Xanto tomó la voz de un mortal y desde lo profundo de sus cavernas, le dijo:

»—¡Oh, hijo de Peleo, protegido por los dioses! Si por tu esfuerzo eres superior á todos los mortales, tambien es verdad que fiereza como la tuya no reconoce igual. Ya que Zeus haya abandonado al filo de tu acero á los míseros Troyanos ¿por qué no los persigues léjos de mis riberas, allá por los dilatados campos? Sin freno podrías entónces entregarte á tu furor, al paso que ahora has llenado de cadáveres mi límpida corriente, y me impides, obstruido mi lecho, llevar al mar mi tributo. Suspende al fin tus golpes, príncipe de los guerreros, ante quien yo mismo quedo sobrecogido de admiracion.

»—¡Oh Xanto divino! contestó el héroe, á pesar de tu deseo, no cesaré de herir y matar á los pérfidos Troyanos hasta que los haya encerrado en sus murallas y que cara á cara con Héctor se vea quien de él ó yo quedará en esta llanura cadáver.—Y dicho esto, semejante á una divinidad, continuó la terrible matanza.

»Entónces el rio, dirigiéndose al dios del dia, dijo:—¡Oh tú, hijo de Zeus! en vano sustentas en las manos el brillante arco, y muy mal cumples los designios de tu padre, quien te encargó velar hoy por la suerte de Troya y defenderla hasta que hayan desaparecido los postreros rayos del sol y ennegrecido las sombras la campiña.

»Dijo el rio, y como Aquiles intrépido, se lanzase en medio de su corriente, creció el enojo del divino Xanto; agitando con ira sus ondas y arrojando á ámbas orillas los innumerables guerreros por Aquiles inmolados, mugió cual furioso toro. A los que aún se conservaban con vida ocultólos en sus profundas cavernas, miéntras que la ola espumante envolvió al héroe, y estrellóse en su escudo con fragor horrendo. Aquiles, arrastrado, cógese de un salto á las ramas de un olmo que sobre el agua pendían; arranca el árbol de raíz desmoronando en largo trecho la florida márgen, y sirviéndose de su robusta copa cual de un dique, emplea el tronco como puente, y salta fuera del rio, dándose á correr por la llanura entre sorprendido y asustado. No se detiene el ofendido dios, ántes al

contrario, elévase más y más dando un tinte sombrío á sus enfurecidas aguas, y precipítase contra el héroe á fin de alejarle y salvar á Ilion de la ruina. Sin embargo, á cada salto devora Aquiles el espacio recorrido por un rápido venablo, ó el que atraviesa el más ardiente de los moradores del aire, el águila, al caer sobre su presa. Crujen sus armas en la veloz carrera, y el rio sigue sus pasos con espantoso ramor. Como el fontanero, con la azada en la mano, conduce las nacientes aguas de un manantial por entre bosques y huertos y les señala su curso, y apénas ha separado los obstáculos que al mismo se oponen, corre el arroyuelo y los guijarros se agitan debajo del líquido cristal, que se precipita en pos de su guía murmurando por suave pendiente, así la onda bramadora alcanzaba siempre al veloz Aquiles, ¡tan cierto es que los dioses son superiores á los héroes! Cada vez que el guerrero se detiene y vuelve el rostro para ver si le sigue el rio, las encrespadas olas del Xanto, nacido de Zeus, le empujan y le bañan las espaldas. Otra vez, apenado y sombrío, emprendía entónces la rápida carrera; mas al fin, rendido por el torrente que por el costado le acosa y que fatigando sus rodillas va arrebatando debajo de sus piés la resbaladiza tierra, prorumpe, fijos los ojos en la bóveda del cielo, en estas amargas quejas:

»—Zeus, padre soberano, ¿no habrá una divinidad que compadecida de mi desventura, me saque de este abismo?... ¿Será mi destino perecer aquí sin gloria, devorado por ese rio como zagal inexperto á quien arrastra el torrente engrosado por la lluvia?

»Apénas esto ha dicho, cuando Poseidon y Atena se presentan á su vista en forma humana; el primero, tomándole de la mano, le dijo:—Hijo de Peleo, no te abandones al desaliento: Atena y yo, soberano de los mares, hemos acudido á sostenerte por órden del señor del Cielo. No temas sucumbir á los esfuerzos de ese rio; ántes por el contrario le verás en breve retirarse. No ceses, pues, de matar hasta que hayas encerrado en los famosos muros de Ilion á cuantos logren librarse de tus golpes, ni vuelvas á las naves hasta haber atravesado el pecho de Héctor: el dia de hoy ha de ser el de tu gloria.

»Reanimado el guerrero por la voz de los inmortales, corre veloz por la llanura; inútil es que por ella se extiendan las mugientes aguas arrastrando las armas de las víctimas de Marte y sus cadáveres flotantes; en vano se amontonan contra el héroe: es tanta la fuerza que Atena le ha comunicado, que el inmenso torrente no es bantante á detenerle. Pero el Escamandro, de cada vez más enfurecido, hincha sus olas hasta portentosa altura, y llamando con voz terrible al Simois, le dice:

»—Reunamos, hermano mio, nuestros esfuerzos para contener á ese mortal que intenta la destruccion de Troya. Ven en mi auxilio; aumenta tus aguas, haz salir de sus cauces los arroyos, haz que desborden las fuentes, y alzando por los aires encrespadas olas, arrastra con estrépito troncos y peñascos que detengan al feroz guerrero, cuyo pecho, seguro de la victoria, abriga propósitos dignos de los Inmortales. Confío, sin embargo, en que fuerza y valor todo ha de ser para él inútil, lo mismo que su amenazadora arrogancia y maravillosas armas. Cubiertas de limo quedarán éstas sepultadas en nuestros antros más profundos; tambien á él le envolveré con el lodo de mi lecho, y tan densa ha de ser la mole impura que le cubra que no haya medio de que su cuerpo sea hallado. Aquella será su tumba, y por mucho que desee Grecia tributarle los honores postreros, no recibirá su cadáver otra sepultura.

»Dijo, y la ola, agitada, furiosa, cubierta de espuma, de sangre y cadáveres, elevóse para volver á caer contra Aquiles con horrible rugido. Hera prorumpe en ayes lastimeros, teme que Aquiles acabe por ser devorado por la furiosa divinidad del rio, y dirigiéndose á Vulcano le dijo:—Acude, hijo mio, á tí te toca combatir con el Xanto; ven armado de un torrente de llamas. Por órden mia vendrá la tempestad desde el seno de los mares y aumentará el horror del incendio. Anonada, consume los cuerpos y las armas de los Troyanos, reduce á pavesas las arboledas que crecen en las riberas del Xanto, y dirigiendo tus llamas contra este dios no atiendas á ruegos ni amenazas, ni pongas freno á tu enojo hasta que mi voz te lo aconseje.

»Lanza Vulcano inflamados torrentes, cubre de fuego el campo y consume los muertos de que lo cubriera Aquiles. A poco queda el llano seco, y el rio suspende su corriente. Como en la estacion de otoño, al soplar el aquilon en inundada huerta, desaparecen á poco las aguas y vuelve el gozo al pecho del labrador, así huyeron las olas de la llanura. Entónces vuelve Vulcano contra el rio las voladoras llamas, y á poco quedan reducidos á ceniza los cipreses, los olmos, los sauces, los álamos y las diversas plantas que lozanas crecian en aquellas riberas. Atormentados por el abrasado aliento de Vulcano los moradores de las aguas retíranse á sus grutas ó se agitan en lo más hondo de su líquida morada; hasta al rio llega el fuego, y la deidad acuática, entre plañideros lamentos, dice con voz temblorosa:—¿Qué divinidad sería capaz ¡oh Vulcano! de contrastar tu poder? Nada puedo yo contra ese fuego devorador; cesa, pues, de dirigirlo en mi daño. Libre es Aquiles de exterminar á cuantos moradores encierra Ilion, y seguro puede estar de que no seré yo quien los defienda.

»Calló, y únicamente dejó oir el murmullo de sus ondas; como se derrite la grasa de enorme jabalí en gran vasija de cobre, rodeada de vivaces llamas alimentadas con áridos troncos, y olas hirvientes y espumantes saltan por sus costados miéntras se entrega á sonoros lamentos; así la abrasada corriente hierve en su lecho y exhala pavorosos mugidos. Al ser derribado por el aliento encendido de Vulcano, exclamó el rio en tono de súplica:

—¿Por qué ¡oh Juno! ha dirigido tu hijo todos sus fuegos contra mí sólo, á pesar de ser mi culpa la de cuantos dioses protegen á Troya? Si tal es tu voluntad, consiento en cesar en mis devastaciones con tal que Aquiles se calme á su vez; y más hago: juro no oponerme por más tiempo á la ruina de Troya, áun cuando hubiese de ser devorada por las llamas.

»Apénas oye la diosa estas palabras, se dirige á Vulcano y le dice:—Basta ya, hijo mio, que no conviene causar tan gran pena al alma de una divinidad en favor de los mortales.—Extingue el dios el vasto incendio y el rio, encerrado en sus márgenes, domada su ferocidad, recobra su sosegado curso.» (Homero).

Así, pues, los rios, divinidades á quien Poseidon

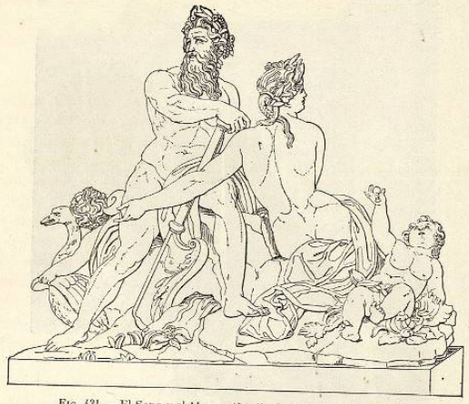

Fig. 431. — El Sena y el Marne. (Jardin de las Tullerías.—Paris).

confería parte de su poder, eran casi tan venerados como el dios mismo de los mares. Inmolábanseles toros blancos

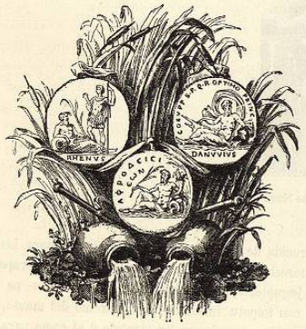

Fig. 432. — Rios. (Medallas antiguas).

y caballos, y de tal costumbre procedían los nombres de *Tauriceps* y *Taurophagos*, que á muchos se daban.

Y esta veneracion no se limitaba á los rios de Grecia: igual carácter divino atribuían los Griegos á famosos rios de tierras extranjeras, como el Nilo, el Fasio, el Tiber y el Eridano (el Po), á cuyas márgenes les llevara su espíritu aventurero, ó cuyos nombres á favor de sus relaciones mercantiles llegaron hasta ellos.

Las formas con que eran representados esos divinos séres explícanse con facilidad por las impresiones que su vista les produciría. El tortuoso curso de mansa corriente cuyas sinuosidades surcaban el fondo de un valle, les traería á la memoria el movimiento de las culebras ó de los dragones; el torrente que con estruendo desciende del monte y en su rápida carrera derriba y devasta, había de recordarles el toro con su ímpetu, sus mugidos y furores. Por esto en los monumentos del arte griego vemos á los rios figurados como séres fantásticos, en los que las formas animales se unen á las formas humanas: su cuerpo es de toro, su enorme cabeza la de un hombre robusto y barbudo; por la boca les sale á algunos un chorro de agua, y su frente está armada de dos grandes cuernos. Sin embargo, por lo general se los representaba por medio de una figura apoyada en una urna derramando agua; los ancianos coronados de juncos y espadañas, larga

la barba y lacio el cabello, son los rios que desaguan en el mar; aquellos que lo verifican en otro rio suelen ser caracterizados por mancebos imberbes, y por niños ó mujeres cuando no pasan de arroyos. Cada rio tenia su atributo característico, ya histórico, ya escogido entre los animales que frecuentan sus riberas ó entre los peces que viven en su seno. Tambien se diferencian por la colocacion é inclinacion de la urna, pues la tienen á la derecha aquellos cuya corriente se dirige á oriente, y á la izquierda los que siguen su curso hacia el ocaso; casi horizontal las de aguas mansas y sosegadas, é inclinada los demas, segun la rapidez é impetuosidad de

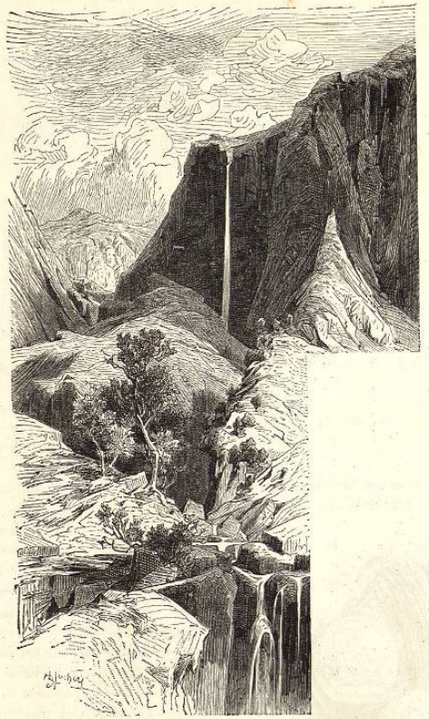

Fig. 433. — Fuente estigia en el monte Nonacro, Arcadia.

sus corrientes. Los navegables llevaban una áncora ó un timon.

Entre las estatuas de rios que de la antigüedad se conservan merece especial mencion la del Nilo, hallada en Roma á fines del siglo xv en el punto en que se levantaba el templo de Isis y Serapis, junto á la Via Lata. Está representado por un anciano de luenga barba, reclinado en la esfinge; en su mano derecha se ve una gavilla de trigo, y en la izquierda un cuerno de la abundancia. La crecida de diez y seis codos, necesaria para las buenas cosechas, está figurada por otros tantos rapazuelos que juguetean á su alrededor. Las aguas se abren paso con ímpetu levantando un extremo del manto, y uno de los niños se esfuerza en atraerlo á sí como para mantener el misterio de las ignoradas fuentes del rio. Los bajo-relieves de la base representan combates de cocodrilos, hipopótamos, flores de loto, diversas especies de plantas y aquellos hombres enanos que colocaba la tra-

dicion en las remotas comarcas bañadas por el Nilo.

Tambien en Italia estuvo muy difundido el culto de los rios y las fuentes, siendo de creer que en esta parte poco ó nada debió la religion nacional al influjo de los Griegos del sur de la Península y de la isla de Sicilia. Jano y su hijo Fons ó Fontus, á quien se representaba

Fig. 434. — El Nilo. — (Museo del Vaticano).

en la misma forma que á Jano, aunque más jóven, eran tenidos por el orígen de todos los manantiales y rios; su fiesta *(fontinalia)* se celebraba en Roma el dia 13 de octubre, ornando las fuentes y arrojando coronas á los rios. Allí donde brotaba el agua por la espontánea fuerza de la naturaleza, teniendo, segun expresaba el derecho romano, una causa perpétua, reconocíase un *númen*, una divinidad particular, á quien se honraba con